



hallaron los navarros en esta batalla, porque su rey D. Philipe se hallaba embrazado en las guerras de Francia. Era gobernador de Navarra Reginaldo Poncio, hombre de nacion frances.

D. Gil de Albornoz, arzobispo de Toledo, nunca se quitó del lado del rey de Castilla, que siendo en la batalla casi desamparado de los suyos, se iba á meter con grande furia donde se veía el mayor golpe de los moros, mas el arzobispo le echó mano del brazo y le detuvo; díjole con una grande voz no pusiese en contingencia una victoria tan cierta con arriscar inconsideradamente su persona. Ganóse esta batalla el año de mil y trescientos y cuarenta de nuestra salvacion. Del día varían los historiadores, empero nosotros, de certísimos memoriales tenemos averiguado que esta nobilísima batalla se dió lúnes treinta de Octubre, como está señalado en el calendario de la iglesia de Toledo, do cada año, por antigua constitucion, con mucha solemnidad y alegría se celebra con sacrificios y hacimiento de gracias la memoria desta victoria.

Los moros, vencidos y desbaratados, se recogieron á Algecira, dende por no confiarse de la fortificacion de aquella ciudad, con temor de ser asaltados de los nuestros, el rey de Granada se fué á Marbella y Albohacen á Gibraltar, y la misma noche se pasó en África por miedo que su hijo Abderrhaman, á quien dejara por gobernador del reino, no se alzase con él quando supiese la pérdida de la batalla, que los moros no guardan mucho parentesco ni lealtad con padres, hijos ni mujeres; cásanse con muchas, segun la posibilidad y hacienda que cada uno alcanza, y con la multitud dellas y de los hijos se mengua y divide el amor, y las unas y las otras se estiman y quieren poco. Así Albohacen no sintió mucho le hobiesen cautivado en esta batalla á su principal mujer Fátima, hija del rey de Túnez, y otras tres de sus mujeres, y á Abohamar su hijo; otros dos hijos de Albohacen fueron muertos en la batalla. Los reales de los moros se hallaron llenos de todo género de riquezas, así del rey como de particulares, costosos vestidos, preseas, y tanta cantidad de oro y plata, que fué causa que en

España bajase el valor de la moneda y subiese el precio de las mercaderias. Nuestros reyes, victoriosos, se volvieron la misma noche á los reales; de los soldados, los que ejecutaron el alcance, volvieron cansados de herir y matar; otros que tuvieron más codicia que esfuerzo, tornaron cargados de despojos.

El día siguiente se fueron á Tarifa, repararon los muros que por muchas partes quedaron arruinados, basteciéronla y pusieron en ella un buen presidio. El miedo que tenían los moros era grande, y parece fuera acertado poner luego cerco sobre Algecira; pero desistieron de la conquista de aquella ciudad, á causa que no venian apercebidos de mantenimientos y mochila sino para pocos dias, de que se comenzaba á sentir falta. Por esto y porque ya entraba el invierno, les fué forzoso á los reyes volverse á Sevilla. Allí fueron recibidos con pompa triunfal: saliólos á recibir toda la ciudad, niños y viejos, eclesiásticos y seglares, y todos estados de gente. Llamábanlos con alegres y amorosas voces augustos, libertadores de la patria, defensores de la fe, principes victoriosos. En toda España se hicieron muchas procesiones para dar gracias á Dios Nuestro Señor por tan alta victoria como les diera, grandes fiestas y alegrías, y luminarias por todo el reino.

El rey de Portugal, de toda la presa de los moros, tomó algunos jaeces y alfanjes para que quedasen por memoria y señal de tan insigne victoria. Diéronse algunos esclavos, y volvióse á su reino, ganada gran fama y renombre de defensor de los cristianos y de capitán valeroso. Acompañóle su yerno, el rey de Castilla, hasta Cazalla de la Sierra. De la presa de los moros envió á Aviñon al papa Benedicto en reconocimiento, un presente de cien caballos con sendos alfanjes y adargas colgados de los arzones, y veinticuatro banderas de los moros, y el pendon real y el caballo con que el mismo rey D. Alonso entró en la batalla, y otras cosas. Salieron un buen espacio los cardenales á recibir al embajador, por nombre Juan Martinez de Leyva, que llevaba este mandado. El papa, despues de dicha la misa (como es de costumbre), en accion de gracias á Nuestro Señor, delante de muchos principes y de toda la



córte predicó y dijo grandes cosas en honra y alabanza del rey D. Alonso.

Despues desto hizo el rey de Castilla almirante del mar á un caballero ginoves, llamado Gil Bocanegra, y le encomendó guardase el Estrecho de Gibraltar, porque los moros no rehiciesen su armada y volviesen á entrar en España: esto por gratificar á los ginoveses lo que sirvieron en esta jornada, y tambien porque como era acabada la guerra no mandasen volver sus galeras, como lo hicieron los aragoneses y portugueses, bien que despues las volvieron á enviar en mayor número que de ántes, á instancia y ruego del mismo rey de Castilla, que se recelaba, y con él todos los hombres inteligentes y de más prudencia juzgaban que los moros no sosegarian, sino que rehecho que hobiesen su ejército, á la primavera volverian á España y acometerian de nuevo su primera demanda.

Libres de un miedo tan grande, así el rey como los españoles, por la victoria que ganaron á los moros cerca de Tarifa, crecióles el ánimo y deseo de desarraigir del todo las reliquias de una gente tan mala y perversa. Trataban de llegar dinero para la guerra, que se entendia seria larga. El oro y plata que se ganó á los moros, lo más dello se despendió en hacer mercedes y premiar los soldados, y en pagarles el sueldo que se les debía: el reino se hallaba muy falto y gastado con los tributos y pechos ordinarios: sólo los mercaderes eran los que restaban libres, ricos y holgados; todos los demas estados pobres y oprimidos con lo mucho que pechaban. En Ellereña y en Madrid concedió el reino un servicio extraordinario, de que se allegó una razonable suma de dinero, pero era muy pequeña ayuda para tan grandes gastos como tenían hechos y se recrecian de nuevo.

Sin embargo, en el principio del año de nuestra salvacion de mil trescientos cuarenta y uno, desde Córdoba, do se mandó juntar el ejército, se hizo entrada en el reino de Granada: alcanzaron una famosa victoria, más con industria y arte que con poder y fuerzas: enviaron algunas naves cargadas de mantenimientos para desmentir al enemigo, con dar

muestra que se queria poner cerco sobre Málaga; ocupáronse los moros y embebeciéronse en bastecerla, y luego el rey de improviso cercó á Alcalá la Real, que se le entregó á partido en veintiseis de Agosto, con que dejase salvos y libres á los de la villa. Causó esta pérdida grande dolor á los moros por ver cómo fueron engañados. Tomada esta villa, Priego, Rutes, Benamejir y otras villas y castillos de aquella comarca se rindieron al rey, unas dellas por su voluntad se entregaron, y otras fueron entradas por fuerza: sucedian á los vencedores todas las cosas prósperamente, y á los vencidos al contrario: así acontece en la guerra.

Volvióse el ejército á invernar, y en lugares convenientes se dejaron presidios para que guardasen las fronteras. Tenía el rey puesto todo su cuidado y pensamiento en cercar á Algecira, y en allegar para ello dineros de cualquiera manera que pudiese. Aconsejaronle que impusiese un nuevo tributo sobre las mercaderias. Esta traza, que entónces pareció fácil, despues el tiempo mostró que no carecia de graves inconvenientes: es tan corto el entendimiento humano, que muchas veces viene á ser dañoso aquello que primero se juzgó prudentemente que sería provechoso y saludable. Tomado este consejo, el rey se partió para Búrgos, ciudad principal: dejó la frontera encargada al maestre de Santiago. Tuvo la pascua de Navidad en Valladolid, en el principio del año de mil trescientos cuarenta y dos. Llamó el rey á Búrgos muchos grandes y prelados, y en particular á D. Gil de Albornoz, arzobispo de Toledo, y á D. Juan de Lara y á D. García, obispo de Búrgos, para que terciasen y granjeasen las voluntades. Por la grande instancia que el rey y estos señores hicieran, los de Búrgos concedieron al rey la veintena parte de lo que se vendiese, para que se gastase en la guerra de los moros: concedióse otrosí por tiempo limitado, tan solamente mientras durase el cerco de Algecira. Á imitacion de Búrgos concedieron lo mismo los de Leon y casi todas las demas ciudades del reino. El ardiente deseo que entónces todos tenían de acabar la guerra de los moros, los allanaba: ninguna cosa les parecia demasiada.





Adelante, perdido ya el miedo, el uso ha enseñado cuán oneroso sea este tributo si por rigor se cobrase. Los ministros reales, por granjear el favor del rey, procuraban acrecentar las rentas reales con mucha industria. El próspero suceso de muchos que han seguido este camino, hace que sean muy válidas mañas semejantes. Llamóse este nuevo pecho ó tributo Alcabala, nombre y ejemplo que se tomó de los moros. Alentaron al reino para que esto concediese, unas nuevas que á esta sazón vinieron que los nuestros habian vencido la armada de los moros. Estaban en Ceuta, en la costa de África, ochenta y tres galeras para renovar la guerra, y en el puerto de Bullon otras doce; á estas diez galeras nuestras que sobrevinieron á la primavera, ántes que tuviesen tiempo de poderse juntar con las demas de su armada, las embistieron y destrozaron; despues toda la armada de los moros que aportó á la boca del río Guadamecil, fué vencida en una muy reñida y memorable batalla. Tomaron y echaron á fondo veinticinco galeras de los enemigos, y mataron dos generales, el de África y el de Granada.

No se hallaron en esta batalla las galeras de Aragon; verdad es que al volver de Aragon, do eran idas, vencieron junto á Estepona trece galeras que encontraron de los moros, cargadas de bastimentos; rindieron cuatro dellas y echaron dos al fondo; las demas se pusieron en huida, y se salvaron en la costa de África. No parecía sino que la tierra y el mar de acuerdo favorecian y ayudaban á la felicidad y fortaleza de los cristianos. Diéraseles mayor rota, si en Guadamecil fueran por mar y por tierra acometidos los moros; con determinacion de hacerlo así era ido el rey á muy largas jornadas á Sevilla y despues á Jerez, en do le dieron la nueva de la victoria. Un caso que sucedió, forzó á los nuestros á dar la batalla; en la meneguante del mar quedaron encalladas en unos bajios tres naves de las nuestras; y como los moros las acometiesen, fué forzoso para defendellas trabar aquella batalla muy reñida y porfiada.

Con tantas victorias como por mar y por tierra se ganáran, tenían esperanza que lo res-

tante de la guerra se acabaria muy á gusto; nuestra armada estaba junto á Tarifa en el puerto de Xatarez. Allí fué el rey con el deseo grande que tenía de conquistar á Algecira, para por mar reconocer el sitio della y la calidad de su tierra. Parecióle que era una principal ciudad, y su campaña muy fértil, y los montes que la cercaban hermosos y apacibles; veíanse muchos molinos, aldeas y casas de placer esparcidos por aquellos campos cuanto la vista podia alcanzar. Con esto, y con que de los cautivos se sabia que la ciudad no estaba bien bastecida de trigo, se encendió mucho más el ánimo del rey en el deseo de ganarla, y quitar á los moros una guarida tan fuerte y segura como allí tenían; que ganada, todo lo demas juzgaba le sería fácil. Este ardor y deseo del rey le entibiaba el verse con pequeño ejército y pocos bastimentos; mas no obstante esto, con grande presteza juntó algunas compañías de los pueblos comarcanos y llamó de por sí á muchos grandes. Vino el arzobispo de Toledo don Gil de Albornoz, D. Bartolomé, obispo de Cádiz, y los maestros de Calatrava y Alcántara con buena copia de caballeros.

Los concejos de Andalucía, movidos con el deseo grande que tenían de que esta conquista se hiciese, enviaron á su costa más gente de aquella que por antigua costumbre tenían obligacion de enviar; y como quier que al que desea mucho una cosa, cualquiera pequeña tardanza se le hace muy larga, el rey para proveer bastimentos y municiones y lo demas necesario á esta guerra se partió á la ciudad de Sevilla. Habíanse juntado dos mil quinientos caballos, y hasta cinco mil peones: con este ejército se puso el cerco á Algecira en tres del mes de Agosto. La guarda del mar se encomendó á las armadas de Castilla y de Aragon, porque los portugueses despues de la batalla que se dió en el río Guadamecil, se volvieron á Portugal sin que en ninguna manera pudiesen ser detenidos. Entendíase que los cercados, confiados en la fortaleza de la ciudad, y en la mucha gente que en ella tenían, no se querrian rendir, ni entregar la ciudad. Era la guarnicion ochocientos hombres de á caballo, y al pié de doce mil flecheros, bastante número no sólo para de-



fender la ciudad, sino tambien para dar batalla en campo abierto.

Hacian los moros muchas salidas, y con varios sucesos escaramuzaban con los nuestros; ganóseles la torre de Cartagena puesta cerca de la ciudad. El rey estuvo un dia en harto peligro de ser muerto con un puñal que para ello un cautivo arrebató á un soldado; hiriérale malamente, si de presto no se lo estorbáran los que se hallaron con él. Entendíase que el cerco iria muy á la larga; comenzaron á traer madera y fagina, y á hacer fosos y trincheras, que servian más de atemorizar los cercados que no de provecho alguno. Entre tanto que en esto andaban, en el mes de Setiembre, con grandísimo pesar del rey, la armada de Aragon se fué con achaque de la guerra de Mallorca para donde el rey de Aragon se apercebía; verdad es que despues á ruegos del rey de Castilla le envió diez galeras de socorro con el vicealmirante Mateo Mercero; desde algunos dias le socorrió de otras tantas con el capitán Jaime Escrivá, ambos caballeros valencianos.

Murió á esta sazón el maestre de Santiago de una larga enfermedad, varon en paz y en guerra muy señalado, y en este tiempo, por la privanza que tenía con el rey, muy estimado. Dióse esta dignidad en los mismos reales á don Fadrique, hijo del rey, si bien por su poca edad aún no era suficiente para el gobierno de la religion.

En el mes de Octubre sobrevinieron tan grandes lluvias, que todo cuanto tenían en los reales destruyó y echó á perder. Comenzaron asimismo á sentir muchas descomodidades; en particular era grande la falta de dinero, que por estar el reino muy falto y gastado le fué forzoso al rey de pedirle prestado á los príncipes amigos, al papa Clemente VI, que sucedió á Benedicto, á los reyes de Francia y de Portugal. D. Gil de Albornoz, arzobispo de Toledo, fué para esto con embajada á Francia; prestó aquel rey cincuenta mil escudos de oro; veinte mil se dieron luego de contado, los demas en pólizas para que á ciertos plazos se pagasen en bancos de Génova; el papa Clemente VI al tanto otorgó cierta parte de las rentas eclesiásticas. Era esto pequeño subsidio para tan grandes empresas,

pero la constancia grande del rey lo vencía todo.

Los cercados, por entender que mientras el rey viviese no podian tener sosiego ni seguridad, hicieron grandes promesas á cualquiera que le matase; decian que se haria un gran servicio á Mahoma en matar á un tan gran enemigo de los moros. No faltaban algunos que con semejante hazaña pensaban quedar famosos y ennoblecidos, sin temor del riesgo á que ponian sus vidas, que es lo que suele ser estorbo para que no se emprendan grandes hechos. Un moro tuerto de un ojo, que fué preso, confesó venía con intento de matar al rey, y que otros muchos quedaban hermanados para hacer lo mismo; así lo confesaron dende á pocos dias otros dos moros que fueron presos y puestos á cuestion de tormento; pero á los que Dios tiene debajo de su amparo, los libra de cualquier peligro y desman. Los reyes moros deseaban socorrer á los cercados; el rey de Marruecos estabase quedó en Ceuta por no estar asegurado de su hijo Abderrahman, al cual por este tiempo costó la vida el intentar novedades. El rey de Granada no se atrevia con solas sus fuerzas á dar la batalla á los nuestros; mas porque no pareciese que no hacia algo, envió algunas de sus gentes á que corriesen la tierra de Écija, y él fué á Palma, pueblo que está edificado á la junta de los dos rios Jenil y Guadalquivir, saqueó y quemó esta villa. No osó dejar en ella guarnicion ni detenerse mucho en aquella comarca, porque tenía aviso que las ciudades vecinas se apellidaban contra él. La otra gente fué desbaratada por Fernando de Aguilar, que salió á ellos y les quitó una grande presa que llevaban.

Era ya entrado el año de mil y trescientos y cuarenta y tres, y en Algecira aún no se hacia cosa alguna que fuese de importancia; solamente se entendia en algunos pertrechos que Íñigo Lopez de Orozco por mandado del rey solicitaba. Hiciéronse fosos, trincheras, y en contorno de la ciudad se labraron unas torres ó castillos de madera, y trabuços y máquinas para batir los muros. Mas eran tantas las defensas, preparamentos y tiros que de antiguo tenía la ciudad, que con ellos todo el trabajo y